

porque para Dios no hay imposibles, ni está encogida su mano para favorecernos. Lo que me resta que decir servirá de apoyo á este mi modo de pensar. Si hasta ahora estuvo desconocida esta conservacion que juzgo maravillosa, tambien el misterio de la Purísima Concepcion estuvo siglos enteros ignorado. Llegó el tiempo destinado por el Altísimo en que éste se manifestase: ¿pues porqué hemos de desconfiar de que estos son los tiempos, en que acaso quiere Dios se reconozca por milagrosa la conservacion de la pintura de Maria en el Santuario de los Angeles? Puede ser que abriendo yo esta brecha, aunque sean tan cortas mis luces y tan tibio mi corazon para vivir como debo y merecer el honor de Panegirista de la Señora, excite esta Reyna uno ó muchos varones sabios que mejoren esta obra, y den á luz otra que no sea tan imperfecta, con que hagan mas visible ésta que nos parece ser una maravilla.

El segundo motivo que tengo para consolarme es, el considerar que ordenando el Santo Concilio Tridentino no se publiquen nuevos milagros sin aprobacion de los Señores Obispos, ya está hecha esta diligencia con la informacion jurídica citada arriba. Ya se ve, que como dice el P. Feijoo, (1) el Santo Concilio solo prohibe la publicacion de ellos en el Púlpito, porque el fin para que allí se proponen ordinariamente es la confirmacion de las verdades de nuestra Santa Fe, y este destino pide que se apure primero la verdad de ellos con quantos medios caben en la humana diligencia. Lo mismo se puede decir para representarlos en Imágenes públicas. Mas para que las informaciones de

(1) Tom. 5. Disc. 17. fol. 362. n. 22.

milagros merezcan un prudente y racional asenso no es menester tanto. Yo añado, si se me permite, que allí habla el Santo Concilio de milagros que se publican como ciertos, no como el presente en que nada se decide con firmeza, y solo se proponen razones suficientes para inclinarnos á juzgar que aquí parece hay ya milagro: por esta causa digo que aunque se hizo informacion jurídica por el Ordinario sobre la conservacion de esta santa Imágen, pero nunca ha declarado que la conservacion es maravillosa; bieu que sabiendo la devocion que los pueblos tienen á la sagrada Imágen, y siguiéndose con su anuencia la suntuosa fábrica del Templo, parece nos permite discurrir y hablar de esta materia sin reprobár positivamente el que la conservacion sea milagrosa. Paso ya al segundo carácter de los milagros, en el qual y los siguientes no hay ya para que demorarnos mucho, porque este primero, digámoslo así, es el Aquiles de la Disertacion.

Utilidad.

NO obstante, como este asunto es tan difícil y se ofrecen algunas objeciones que piden mucha instruccion para caminar con mayores luces, siempre nos es inexcusable ir entretejiendo la Disertacion de aquellas doctrinas que proponen los Teólogos sabios para proceder con mas solidez y rectitud. La utilidad que resulta de los milagros verdaderos siempre mira al bien nuestro, ó corporal, ó espiritual; por el contrario, si son falsos y vienen del Demonio, se dirigen á dañar el alma y el cuerpo; pero si son aparentes y supuestos, se puede decir que respecto de nosotros ni aprovechan ni dañan. A mas de esto, quando sucede alguna cosa

por milagro verdadero, se ordena al culto divino y gloria de Dios: (1) no es así con los milagros supuestos, pues como dice San Agustín, (2) en estos buscan los hombres su propia gloria y la estimación del mundo: *Magi faciunt quae videntur miracula, quaerentes gloriam suam.*

Por lo que hace á la utilidad que resultará á los Fieles en el caso de que la conservación de esta santa Imágen fuera milagrosa, y por consiguiente el aumento que tuviera el culto divino, pienso que nadie tiene que dudar, ni hay para que detenerse en probarlo. Siendo posible la conservación por milagro, ¿qué objecion puede hacerse justamente contra la utilidad que resultará á los Fieles y la extension del culto? El empeño está en afianzar que la conservación no sea natural, ni un invento de los hombres para basear su utilidad propia por este medio. Haciéndonos cargo de uno y otro, quedará aclarado el pensamiento, y acaso nos acercaremos mas á la verdad. Por tanto, sobre lo que ya hemos dicho con razones filosóficas, inclinándonos á que la causa no ha sido natural, que es la primera parte del problema, añadimos las siguientes: el Padre San Agustín, Teólogo incomparable, nos define así el milagro: (3) milagro dice, es una cosa que aparece ardua, desacostumbrada, y que excede á la esperanza y facultad del que se admira. Aquí dice Mathaeuci, (4) no se habla de los milagros invisibles que creemos por

(1) Matthaeuc. Pract. Theolog. Canonica tit. 3. cap. 1. § 4. & seq.

(2) Lib. 83. qq. 9. 79.

(3) Lib. de utilit. credend. cap. 16. Miraculum voco quidquid arduum, & insolitum supra spem, aut facultatem mirantis apparuit.

(4) Matthaeuc. ubi supra.

la fe, como el que Dios se hiciera hombre y naciera de una Virgen, como la existencia real y verdadera de Jesuchristo en la Hostia sagrada, la justificación del pecador, y semejantes: estas son cosas rarísimas y muy arduas que nos llenan de admiración; mas con todo, no es de esta especie de milagros insensibles de la que aquí se trata: estos son unos portentos llenos de magestad, que manifiestan ser dignos de la grandeza de un Dios admirabilísimo sobre toda la comprensión de los entendimientos criados en sus obras.

Se habla pues de aquellos milagros que significan un hecho visible, raro sobre las fuerzas de toda la naturaleza, cuyo Autor es solo Dios, y que excita por sus extraordinarias circunstancias nuestra admiración. Nace la admiración en estos milagros de ver un efecto claro y patente, pero de un modo tan especial, que queda ignorada su causa; y como por otra parte se representa excesivo á todas las fuerzas de la naturaleza, hace que quedemos admirados. Es pues la admiración compañera del milagro; pero á mas de esto, excita en los que lo ven el amor, el culto y la devoción. Por eso en el milagro del Paralítico, dice el Evangelio, (1) que temieron las turbas y glorificaron á Dios. Quando Jesuchristo convirtió la agua en vino (2) creyeron en él sus Discípulos: quando dió la vista al ciego, (3) éste le adoró postrándose en tierra, y así sucedió en otros exemplos del sagrado texto.

Distínguese y mucho la admiración vulgar de los ignorantes de la de un teólogo que llega á dar la calificación que merece á una cosa prodigiosa. El vulgar se llena de estupor y admiración en qualquier cosa

(1) Matth. 9. (2) Joan. 2. (3) Idem 9.

rara que no penetra, aunque no exceda las facultades de la naturaleza: por esta causa se tuvieron por maravillosas aquellas siete obras, que han sido el comun medio de que se han valido los Poetas para sus entusiasmos, quales fueron el Templo de Diana en Efeso; el Mausoleo ó Sepulcro magnifico que la Reyna de Caria Artemisa hizo fabricar á su difunto Esposo; el Coloso ó Estatua del Sol en la Isla de Rodas; el Simulacro de Júpiter que labró Fidias de marfil; los Muros de Babilonia que hizo fabricar la Reyna Semiramis; las Pirámides de Egipto de una elevacion enorme; y la Casa que Menon fabricó al Rey de los Medos Ciro, mezclado el oro y las piedras preciosas. Admiró tambien el vulgo la esfera de vidrio que hizo Arquimedes, colocando en ella los orbes con los movimientos de los años, meses y dias, de que hace relacion Claudiano en persona de Júpiter, celebrándola mucho por los movimientos de los Astros que en ella se representaban: admiró tambien este célebre Matemático, segun refiere Plutarco, á los que le veían traer á sí con semblante sereno y con sola la mano una Nave muy grande y bien cargada, que no eran capaces de mover muchísimos hombres aunque apuraran todas sus fuerzas. Este mismo se dice que para defender á Siracusa construyó ciertas máquinas de fuego, que decian los Romanos no parecer que era la guerra contra los hombres sino contra los dioses: así tambien se llenarian de admiracion, si á pesar del Rmó. Feijoo fuera cierto lo que dice Gelio, (1) que Archytas pitagórico formó de madera una paloma con tan maravilloso artificio, que haciéndola volar parecia á todos que

(1) Lib. 10. cap. 12.

estaba animada. Boeio, citado del P. Cartagena, (1) hace memoria del artificio prodigioso con que Severino hizo que un buey de metal bramara; unas serpientes de la misma materia silvaran y unas aves tambien de cobre cantaran con dulce voz. San Agustin en el Libro décimo de *Civitate Dei*, capítulo diez, refiere que estando inmoble una nave en medio del Tíber en que era conducida una Matrona que se juzgaba falsamente madre de los dioses, Claudia virgen vestal con solo su cíngulo llevó la nave por donde quiso. Santo Tomás (2) refiere de otra virgen vestal llamada Tucia, que llevó un cribo ó arnero lleno de agua sin que cayera una gota en el suelo. Son en el dia muchos los prodigios naturales que hacen los que son hábiles y están diestros en los secretos del arte, y que aun en personas doctas excitan la admiracion por la extrañeza de sus fenómenos; pero todo esto, hablando teológicamente, no puede denominarse milagro, porque ó son obras del Demonio, ó de la naturaleza ayudada del arte, y así llámense, si pareciere, prodigios ó portentos, pero no milagros. Es propio del milagro exceder las fuerzas de toda la naturaleza criada, y por eso en la definicion del Padre San Agustin arriba puesta se dice, que ha de ser el hecho sobre la esperanza y facultad del que lo admira; pero ha de ser con una admiracion no vulgar, nacida de la ignorancia de la causa, sino teológica, originada de un criterio que ponga el entendimiento en quietud, y le persuada que el prodigio que admira ni puede ser obra de la naturaleza, ni del arte, ni del Demonio, sino solo de Dios, que reservó á su infinita sa-

(1) De Secr. Arc. Deip. tom. 3. lib. ult. §. 1.

(2) In disputat. qq. de pot. q. 6. art. 5. ad 5. ex cart. ubi supra.

70
bisturía y poder (1) la operacion de los verdaderos milagros.

Conque aplicada esta doctrina á nuestra Imágen de los Angeles, ¿quien no ve que aquí parece anda el dedo de Dios conservándola por su poder del modo que la vemos, y esto no solamente por considerarla fuera del comun órden de las causas naturales, como está probado, sino tambien por la utilidad que nos resulta, y el progreso del culto divino que de aquí se origina, que es el segundo carácter de una cosa milagrosa? El Demonio no puede tener en esto parte, porque fueran estos unos medios muy desproporcionados á los rabiosos fines de su malicia. La naturaleza y el arte quedan vencidos por los argumentos que ya he propuesto y las objeciones que se han respondido: Dios, dice Mathaeuci, (2) en la operacion de los milagros ó procede contra el órden y curso ordinario de las causas segundas, ó fuera de este órden comun de la naturaleza. El órden de la naturaleza exige, verbi gratia, que la alma separada del cuerpo no vuelva á él hasta la reunion que se ha de hacer el dia del Juicio; con todo, muchos muertos, como consta de la sagrada Escritura, han resucitado; esto es ir contra el órden de la naturaleza. ¿Qué mas? Produce Dios algunos efectos que podia producir la naturaleza, pero no del modo que Dios los produce. Puede la naturaleza tal vez convertir la agua en vino con el tiempo, si aplicada por nutrimento á las ubas y digerida pasa por la alteracion á servir de jugo á la uba, y toma la naturaleza del vino. Prescindo ahora de esta cuestión filosófica so-

(1) Psalm. 71. *Qui facit mirabilia solus.*

(2) Pract. Theol. Canon. tit. 3. cap. 1. num. 10.

71
bre la transmutacion de los elementos, y solo traduzco lo que dice el Autor citado. Lo cierto es, que Jesu-christo (1) convirtió la agua en vino, sin observar este modo que suponemos podia efectuar la naturaleza, y esto es ir fuera del órden de las causas segundas: en estos casos exáminese la utilidad que resulta á las criaturas racionales, y la accidental gloria que á Dios resulta, y hallada esta circunstancia, se habrá dado un paso mas para proceder con firmeza en la calificación de un milagro que es contra ó praeter el órden natural.

Ya dixé que no parece ser segun el órden de la naturaleza la conservacion de la pared, ó á lo ménos la de la Imágen, lo que probé con las mismas figuras que están en la circunferencia, y así hemos de decir, que ya parece va contra el órden regular de las causas segundas: fuera mayor el milagro respecto de nosotros, si todo lo pintado allí se hubiera conservado; pero ya que solo exista intacta la pintura en rostro y manos de la Virgen, esto basta para poder acreditar su conservacion de milagrosa. Dixé que respecto de nosotros fuera mayor el milagro, porque respecto de la potencia divina, que es uniforme, infinita, indivisible, inalterable é inaugmentable, no se da mayor ni menor milagro; fuera de que en órden á la infinita potencia de Dios (2) nada se puede llamar milagro porque todas las cosas le son posibles. Dios no usa de grande ni pequeño poder para sus obras, sino de su uniforme voluntad, que desde la eternidad quiere que ya se hagan cosas grandes, ya pequeñas en el tiempo que le agrada, sin que haya mutabilidad alguna en sus incomprehensibles, eternos y adorables designios: solamente pa-

(1) Joann. 2. (2) Matthaeuc. ubi supra cap. 2. n. 1.

ra nosotros son mayores ó menores los milagros, y tambien respecto de la misma naturaleza; porque unos efectos repugnan mas que otros á sus ordinarias leyes, y de aquí resulta en nosotros mayor ó menor admiracion.

Es doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás (1) que este nombre milagro se toma de la admiracion que causa un hecho extraño, y esta se origina, como dicho es, de ser oculta la causa, y á mas de esto, de que en aquello que admiramos se representa algo que nos parece habia de ser contrario á lo propio que se admira. Hay cosas que son admirables en sí, y otras que solo lo son respecto de nosotros: ya queda esto insinuado en lo que llevamos dicho; pero no es fuera de propósito aclararlo mas, para que se forme una idea mas distinta y adecuada del negocio que vamos promoviendo. Entónces es un efecto admirable en quanto á nosotros, quando la causa de aquel efecto que se admira no es totalmente oculta á todos, sino solamente á algunos, como el que se admira de ver llegar el fierro á la calamita, porque no sabia esta virtud que tiene el imán: entónces es una cosa en sí misma admirable, quando absolutamente es oculta su causa, y quando en la cosa hay segun el órden de la naturaleza una disposicion contraria al efecto que se ve: en sucediendo así la cosa ó el hecho, no solamente se puede decir que es maravillosa actualmente ó en potencia, sino que es milagro; esto es, que tiene en sí misma la causa de la admiracion. La causa ocultísima y remotísima de nuestros sentidos es solo Dios, que en todas las cosas obra secretísimamente; y así aquellas cosas que se hacen por

(1) In Disputat. qq. q. 6. art. 6.

la virtud divina, contrarias al órden regular de la naturaleza, se dicen milagros; pero si la naturaleza las puede producir, aunque nosotros ignoremos la causa y el modo, no las llamaremos milagros, sino maravillas. Por eso en la definicion se dice que es el milagro una cosa ardua, esto es, que excede las fuerzas de la naturaleza, y una cosa desacostumbrada, porque es contra nuestra expectacion.

He dexado correr la pluma en este Discurso de Sto. Tomás, porque atendidas todas las circunstancias de la conservacion de nuestra Imágen, no me contento con que se diga que es una maravilla, expresion que, como hemos visto, puede quedarse en la esfera de una conservacion natural; sino que es un milagro, cuya utilidad luego se hace patente á quien la considera con atencion. En efecto, ¿no se manifiesta de este modo la dulce piedad de la Virgen para con sus devotos? ¿No se recomienda mas eficazmente su poderoso patrocinio con los Fieles que lo solicitan? ¿Y no es este un medio suave para mover la confianza de los pecadores y traerlos á la senda de la penitencia?

Esta es la grande utilidad que se sigue de la milagrosa conservacion de esta santa Imágen. En los milagros de Jesuchristo se nota (1) que por todas partes iba llenando á los hombres de beneficios, sanando enfermos, dando habla á los mudos, oidos á los sordos, y á este modo hacia bien todas las cosas; pero no solo se extendia su beneficencia á los cuerpos, sino aun mas principalmente al provecho espiritual. Este fué un efecto universal en los milagros de Jesuchristo, que á quantos remediaba en las enfermedades corporales los

(1) Añor. c. 10. v. 38

dexaba convertidos: por eso dixo Orígenes, (1) que es una de las mas eficaces señales de un milagro verdadero inclinar al santo temor de Dios, á la reforma de las costumbres y á la propagacion de la santa Fe. Yo suplico á todos reflexen en los beneficios que Dios hace á los devotos de la Virgen Maria en aquel Santuario desde el año de setenta y seis, en que sucediendo unos temblores formidables en esta Ciudad, ocurrieron las gentes en tropas á aquella Capilla á impetrar por medio de Maria Purísima las misericordias del Señor. Este fué el medio de que usó la divina Providencia para que quedase patente aquel lugar sagrado, donde todos, sin interrupcion alguna, van confiados á buscar su remedio. No pretendo llamar en todo rigor teológico verdaderos milagros á los que allí ha obrado la Magestad divina por medio de la Señora con los enfermos y afligidos. Llamemosles maravillas, en aquel sentido que se explica Santo Tomás poco ántes citado, suponiendo quedan siempre en el órden natural; pero jamas les despojemos de la denominacion especialísima de ser beneficios conseguidos por medio de esta augusta Reyna. Hablando de este modo, no se tendrán por vanas supersticiones las innumerables presentallas de oro, plata y cera que han hecho los Fieles en reconocimiento de los favores recibidos. Innumerables dixe, porque no han cesado de ofrecerse en todos estos años, bien que por su abundancia se han ido recogiendo y empleando en cosas pertenecientes al mismo Santuario. Si las curaciones de las enfermedades, si el feliz éxito en las operaciones quirúrgicas, si el consuelo en las mayores tribulaciones, si en las victorias conseguidas con-

(1) Contra Celsum.

tra el honor, si en fin el remedio de todas las necesidades se alcanza á la presencia de Maria Santísima de los Angeles, y aun con sola su invocacion por las personas ausentes, ¿porqué hemos de disputar la utilidad de la milagrosa conservacion respecto de los Fieles?

¿Y qué diré de los beneficios espirituales? Yo mismo soy y seré el testigo de las muchas conversiones de pecadores envejecidos, que allí comenzaron á romper sus cadenas. Ha como ocho años que predico, aunque con gran tibieza, los Domingos y Quaresmas, y puedo afirmar que á la presencia de este bellissimo Simulacro no hay peñascos que no se enternezcan, no hay corazones de hielo que no se enciendan, no hay ojos que no broten algunas ó muchas lágrimas con la memoria de sus pasadas ingratitudes: ¿quien mueve las máquinas para producir tan santos efectos, que dependen únicamente de la gracia, sino María, que ha colocado allí su trono para hacer sensibles sus piedades? ¿A quien se han de atribuir estas maravillas? ¿Por quien se revierten estas abundantes misericordias sino por María? Los que no participan de estas gracias lo deben atribuir á su indevocion, y á la indiferencia y ningun afecto con que van á aquel Santuario. Allí está corriendo la fuente perennemente; pero no sacian su sed porque no quieren: todos los que van con devocion á solicitar el amparo de la Virgen, experimentan en el fondo de su alma las secretas influencias con que esta bella Imágen los cautiva. Tantos y tan eficaces son los alicientes de su hermosura: nadie hay que no lo confiese, sin que esto pueda atribuirse á ligereza del vulgo; porque es comun á las personas de todos sexos, todas gerarquías, todos estados, y son testigos de esta verdad los Señores Eclesiásticos, en quie-

nes resplandece una particular piedad y sobresaliente literatura.

Aquí es ya ocasion oportuna de describir aquel no sé qué que todos reconocen en esta graciosa Imágen. Mucho ayuda y enciende mi imaginacion para explicarme con ménos impropiedad, el Discurso del *No sé qué*, del *Rimó*. Feyjoo, y es el duodécimo del tomo sexto. En esta santa Imágen se encuentra, fuera de las perfecciones sujetas á la ordinaria comprehension, otro género de primor misterioso, que quanto lisongea el gusto embeleza el entendimiento, que ven los ojos y no puede descifrar la razon, que en un momento agrada, enamora, hechiza, suspende las potencias, pero con nobleza, con devocion, con respeto, de modo que queda el corazon christiano dulcemente encantado. Se ve una Imágen de María, una pintura regular, y aun segun declararon los dos Maestros célebres citados ántes, no muy ajustada á las reglas del arte; mas no bien se fixan en ella los ojos, quando se representa á la alma un objeto amabilísimo. Los mismos que han tenido el consuelo de venerar otras imágenes hermosas de la Señora, apenas pueden apartar la vista de esta belleza. ¿Qué hay pues en ella de singular? Tal vez ni el color ó tez es tan blanco y rosado, como otras muchas que se ven cada dia, ni las facciones son mas ajustadas, ni mayores los ojos, ni falta á otras el hoyito de la barba, ni son mas encarnados los lábios, ni mas espaciosa la frente, ni tan delicadas las proporciones del tallo. Esta es una imágen de la Purísima Concepcion como hay otras muchas, que está como descansando sobre el pie derecho, cuya túnica es de color blanco, el manto azul, el rostro entre blanco y rosado que declina á un gracioso trigueño, le tiene inclinado hácia

la derecha, pero con los ojos modestamente entreabiertos y las manos puestas en ademan de quien suplica. Muchas imágenes hay de este modo; pero no todas tienen aquel no sé qué tan propio de esta soberana belleza.

Aquí es necesario dexar de filosofar á lo crítico, y revestirse de aquel espíritu de piedad que inspira Dios á las almas para reconocer que anda en esto el dedo de Dios, y nos excita á venerar su adorable poder en la existencia de esta santísima Imágen. Digan enhorabuena los críticos que el no sé qué de algunas hermosuras consiste en una determinada proporcion de los miembros, ó en una bien dispuesta combinacion del color, magnitud y figura de ellos, á que se agrega el complexó de aquellos varios sutiles movimientos de las partes del rostro, y especialmente de los ojos: lo primero es adaptable á la santa Imágen; lo segundo no le conviene porque es inmóvil; pero con todo, hay diferencia en la primera parte entre esta y otras imágenes, por cuya causa siempre debemos apelar al no sé qué. Otras imágenes son hermosísimas por la expresada proporcion y combinacion de las partes y los colores; pero no revierten, digámoslo así, aquel caudal de secretas gracias que está vertiendo esta Imágen, ni tienen aquellos poderosos atractivos y aquella uncion sensible que se derrama del trono de esta Señora sobre los corazones de sus devotos. Luego que se ve da golpe y arrebatada la atencion; pero despues de vista, aunque los ojos se cierran, quedando la Imágen representada en la imaginacion, el corazon queda herido: no patee sino que está en la Imágen una aljaba, de donde los Angeles sacan flechas, pero de amor, que arrojadas al corazon de los devotos, les abren gustosas lla-

gas que le dexan á un mismo tiempo dolorido y confortado. Yo concluyo que este no sé qué es el patrocinio de María, que quiere Dios hacer resplandecer en esta santa Casa para utilidad de los que lo buscan. ¡Oh y quantos bienes deben esperar los que allí ocurren con devocion y confianza! Dexad, os diré yo, ó devotos de María, de discurrir mucho sobre el milagro de la conservacion de la Imágen, y aprovechad el tiempo en disfrutar sus beneficios, pues os está brindando con ellos sin mas precio que vuestro amor. El tiempo que gastas en medir la tierra, decian unas rústicas pastorcillas á Demócrito, era mejor emplearlo en cultivarla: no necesitamos que la conservacion de la bella Imágen sea un milagro, ni disputar mucho sobre esta materia, porque esto es gastar el tiempo en medir la tierra; bástanos tener el consuelo de que aquí está la Imágen de nuestra Madre, y que por unas influencias que penetran el espíritu, nos da señales ciertas de que se halla dispuesta á favorecernos: esto debemos apreciar sobre todo, y no podemos dar á nuestro espíritu mas noble empleo, que este á que nos conduce la piedad: seguid en vuestro afecto mientras yo continúo mis toscos discursos, no precisamente para alentar por este medio vuestra devocion, sino para que tengais el consuelo de saber, que es muy probable que esta conservacion sea milagrosa, porque siéndolo puede durar su existencia por muchos siglos, ó hasta el fin de los siglos. Yo os aseguro que el infierno está irritado contra este lugar dichoso, y no dexará de hacer el Demonio quantos esfuerzos le sugiera su indignacion para acabar con el Simulacro de María; espero en Dios no lo conseguirá, si nuestros pecados no lo desmerecen. Venerémos pues allí á la Reyna de los Angeles, que tan amorosa-

mente nos busca, y no hay que desmayar en nuestra esperanza: ¿qué importa que la conservacion no fuera un milagro, si hace en las almas freqüentes milagros para conservarlos en la gracia?

Queda pues establecida la utilidad que resulta á los Fieles de la conservacion de la santa Imágen, la que si se atiende con la circunstancia agravante de milagrosa, no hay duda que añade mucho peso á la utilidad, porque excita sobre toda ponderacion nuestra confianza. Réstanos hacer ver que en esta conservacion de la sagrada Imágen ninguno hubo que contribuyese á ella por su propia utilidad temporal: no han intervenido aquí adulaciones de personajes distinguidos, ni ficciones de malévolos con el fin de alucinar á un pueblo rudo, y sin talentos para discernir lo verdadero de lo falso. El Indio Ysayoque, que se dice hizo pintar la Imágen en su santocale, no tuvo otro fin que tener el consuelo de venerar en ella á la Virgen María. Lo que lleva mi atencion es el ver que siendo un sugeto, en quien se suponen luces suficientes para haber premeditado la desproporcion que habia para que la Imágen se conservase en una débil pared, no obstante ó no reflexó en esto, ó no hizo aprecio de su reflexion. Si esta fué una copia de otra imágen bellísima, y queria se la sacasen al vivo para estarse recreando piadosamente con su vista, ¿porqué no la hizo pintar en lienzo? Ni hay que apelar á la escasez de dineros para el costo de la obra, lo uno porque sería poco mas lo que necesitaría para costearla pintada en lienzo bien aparejado; lo otro, porque todos saben los esfuerzos que hacen los de esta Nacion para desempeñar todas las funciones del culto divino, y adorar de lienzos y estatuas sagradas sus Oratorios, sa-

criticando á este intento sus sudores, y redoblando sus fatigas. ¿Pues qué motivo habria para pintarla en la pared y pared de adove? ¿Qué impulso ó qué consejo para que esto se hiciera no al temple, no al fresco, sino al oleo? Lo dicho dicho: *digitus Dei est hic*. Anduvo aquí desde el principio el dedo de Dios.

¿Quien no advierte la semejanza que en cierto modo tiene esta bella Efigie con la portentosa de Guadalupe? Para la milagrosa aparicion de esta escoge la Providencia divina una manta grosera y despreciable, y en ella queda estampada con exquisito primor y admirable simetría: para la pintura de aquella hace eleccion de una materia tan vil y tan inepta, qual es una pared de adove. En la Imágen de Guadalupe todo es milagro, así su primera formacion como su existencia por tantos años: en la de los Angeles no hubo milagro en el principio; pero desde que se formó parece se echaron las delineaciones para que algun dia se echase de ver el milagro en la conservacion; pero pasados ya todos aquellos tiempos que dan testimonio de que la conservacion de la sagrada Efigie de Guadalupe es tan milagrosa como lo fué su aparicion, ofrecen una prueba considerable para no desmayar en la opinion de que esta permanencia de la Imágen de los Angeles es tambien fuera del órden natural por una cierta semejanza.

Però volviendo á tomar el hilo comenzado, digame los sábios ¿qué prueba puede imaginarse de que en la santa Imágen de los Angeles interviniera alguna utilidad mundana que conspirase á acreditarla? ¿Qué engaño pudo haber en esto respecto de los hombres? En aquellas temporadas que se notaron algunos cultos públicos á la Virgen en este Oratorio, hasta que los Jueces respectivos lo hicieron cerrar por evitar desór-

denes, ¿qué hubo sino una devocion sencilla y una demostracion religiosa de los afectos de los Fieles? Poco ó ninguno podia ser el interés temporal de los que promovian esta devocion; ademas que con estos obsequios nada añadian de esplendor al bello Simulacro de María: ella era siempre la misma, y el impulso que movia á los devotos nacia del mismo altar, así por la belleza de la Señora que los atraía fuerte y suavemente á rendirle sus homenajes, como por las influencias ocultas con que los consolaba en el espíritu y daba aliento á sus confianzas.

Conque hemos de decir, para hablar conforme á una buena crítica, que la santísima Reyna ha sido siempre la que mostrándose en esta santa Efigie tan hermosa, tan tierna, tan dulce, y sobre toda ponderacion agradable, ha movido sus cultos hasta llegar á aquel alto grado en que hoy los admiramos. Ha tenido esta devocion sus altos y baxos, como casi siempre sucede por la humana flaqueza; no obstante, en aquellos intervalos en que los Fieles han frecuentado aquel Santuario, no se halla otra causa que los moviese sino la belleza y atractivos de la misma Imágen: la veían algunos con atencion, aunque fuese como dicen por accidente; y como siempre se arrebata el corazon, excitaba á algun devoto á solicitar los reparos de la Capilla para que tan amable prenda no pereciese; bien es que nunca los interesados permitieron que la retocasen; pero los que así lo practicaron jamas se ha sabido que fuese algun interés propio el resorte que los impelia á solicitar la asistencia de las gentes, para aprovecharse de los bienes ajenos con el pretexto de devocion.

Así sucedió por último con Don Joseph de Haro, que fué el instrumento de que Dios se valió pa-

ra reproducir los antiguos cultos de la santa Imagen, inspirándole el cuidado y aseo de aquella Capilla. Este Sugeto piadoso estuvo tan léxos de aumentar con su christiana solicitud sus bienes de fortuna, que ántes se dedicó todo á emprender la fábrica del famoso Templo, que aun se va labrando, sin haber escaseado de su bolsillo aquellas contribuciones á que alcanzaron sus fuerzas. No hay pues que temer el que los impostores y fautores de milagros falsos se entrometieran en este hecho, buscando su propia comodidad ó mundana gloria. No se descubre aquí sino el provecho espiritual de las almas, ni hay otro designio que solicitar los progresos del culto divino y la devocion de Maria. Díganlo, si no, mas de treinta y nueve mil Misas que hasta este año de setecientos y noventa y nueve se han celebrado, habiendo cantado la primera el Señor Dr. Don Valentin Narro el dia cinco de Mayo de mil setecientos setenta y seis, que hoy es benemérito Dean de esta Santa Iglesia Metropolitana. Díganlo las solemnísimas funciones que allí se celebran, siendo la principal la del dia dos de Agosto, en cuya Procesion, que llaman regularmente del Corpus, sacó la sagrada Custodia el Señor Dr. y Mró. Don Gregorio de Omaña por catorce años continuos, siendo Tesorero de esta Santa Iglesia. Este mismo Señor, siendo ya dignísimo Obispo de Oaxaca, la sacó el año de noventa y seis, y en el siguiente de noventa y siete la llevó el Illmo. Señor Don Fr. Damian Martinez, Obispo de Sonora y hoy de Tarazona. Este último Señor, atraído de la dulce devocion á la santa Imagen, freqüentó por mas de un año, que estuvo en esta Ciudad, sus visitas al Santuario todos los Sábados con especial consuelo suyo y edificacion de los Fieles. Allí concurren con mucha

freqüencia los Señores Canónigos, Inquisidores, Oidores, Prelados, y otras muchas personas ilustres y distiaguidas por su nobleza y sabiduria; ni han dexado de visitarle alguna vez los Señores Virreyes y Virreynas, y es algunas veces tan grande el concurso de personas de todas clases, ricos y pobres, hombres y mugeres, que nos ha hecho lamentar la desgracia de que no esté concluido aquel magnífico Templo, en que, por inadvertencia del primer Maestro de Arquitectura que la dirigia, se erró el plan, y se han consumido en su reforma y continuacion mas de ciento y cincuenta mil pesos, con que pudiera ya estar acabado.

Esto da otra prueba que puede añadirse á las pasadas, de que ningun interés temporal influye en dar crédito á la conservacion del Simulacro hermoso del Santuario de los Angeles: esta concurrencia de tantas personas, que de ningun modo deben numerarse entre las del vulgo, el esmero que ponen en manifestar con esta freqüencia sus afectos, el particular consuelo que todos sienten con sus visitas, y así lo confiesan todos, la perseverancia en este devoto exercicio por espacio de veinte y dos años, todo esto digo, ¿no llama con poderosa fuerza nuestra atencion? ¿Es acaso comun esta mocion de tan distinguidas personas respecto de otras imágenes, aunque tal vez hayan tenido en la plebe fama de milagrosas? ¿Pudieron por ventura los hombres tener con su débil influxo alguna eficacia para poner en movimiento tan grande multitud de personages? ¿No podríamos pensar que quien así les hace obrar no es otra que la gracia, la que secretamente se insinúa en los corazones para que por este medio se reconozca el beneficio?

Todos los nombrados son otros tantos testigos

de aquel no sé qué de que hablamos poco ha, que hace ver á la santa Imágen con respeto, con dulce inclinacion de la voluntad, y con tierna confianza en las influencias de la proteccion de la Señora. A esto se agrega el especial influxo con que el Exmó. é Illmó. Señor Arzobispo ha procurado los progresos de la obra y el culto del Santuario, substituyendo personas condecoradas y devotas que atiendan á esto mismo con empeño en calidad de Administrador, Capellan y Síndicos. Tales han sido el Dr. Don Joseph Nicolás Larragoyti, uno de los Señores Curas de esta Santa Iglesia Catedral, cuya solicitud y deseo vehemente de ver cada día mas adelantada la obra y verla perfeccionada es bien patente á todos los que frecuentamos el Santuario: tales tambien el Br. Don Manuel Cabrera, Capellan de aquella Iglesia, que llevando ya muchos años de asistencia no ha descaecido un punto en el fervor y zelo con que, sin perdonar diligencia alguna personal, se ha esmerado siempre en la conservacion del culto: tales fueron Don Pablo Ximenez de la Plaza, el Señor Mariscal de Castilla, difunto, y ahora Don Joachin Aldana, que en calidad de Síndicos se han dedicado á cuidar de las limosnas ofrecidas por los Fieles para la continuacion de la fábrica. No han tenido estos Señores otra mira que servir á la Santísima Reyna, usando respectivamente de todos los arbitrios que les inspira su devocion, á fin de que el esplendor de aquella santa Casa no se disminuya. Son muchos los vasos sagrados y muy preciosos, como tambien los vestidos, que con rara ingeniosidad y una propiedad encantadora se ponen á la Imágen como si fuera de bulto; los ornamentos son al mismo tiempo bastantes y no ménos preciosos, con otros muebles sagrados que han ofrecido los

Bienhechores, ó se han costeadado de la masa comun de las limosnas. A este blanco se dirigen los arbitrios, y á este fin conspiran los deseos del Dr. Larragoyti y los otros Señores; este es el móvil de todos sus proyectos, y esto es lo que aun en esta vida les remunera la Virgen sagrada con las consolaciones de su espíritu. Dígame ahora que ha habido algun provecho temporal en los hombres quando se afanan en proteger el Santuario, lo que no podrá decirse jamas, á no ser que la malicia quiera representar su papel, como lo hace en otras cosas en este teatro del mundo.

Basta la utilidad que á las almas se sigue de la conservacion de esta santa Efigie de María, y una utilidad tan sensible, para que no suspendamos mucho el asenso de nuestro entendimiento, inclinándonos desde luego á pensar seriamente que tiene muchas señales de milagrosa. La hypothesis de aquellos que juzgan son en este tiempo mas escasos y raros los milagros que lo fueron en otro, no la tengo del todo por verdadera, dice el Padre Cartagena, (1) siendo así que solo por medio de María Santísima son innumerables, y entre ellos muchos muy insignes, los que se han obrado en la Iglesia: esto testificó Pio II en el cáliz de oro que ofreció á la santa Casa de Loreto por estas palabras felicemente traducidas: (2) » Aunque tu poder, Señora, no tenga límites y llene á todo el Orbe de milagros, pero son muchos aquellos con que adornas todos los días la Iglesia Lauretana donde has establecido tu asiento. El Doctor Canisio (3) estribando sobre aquel

(1) De Sac. Arc. tom 3. l. ult. tit. §. 1. fol 529. (2) Ibi cit.
 (3) Canis. lib 5. de Disp. c. 18 » Minus in eo quidem erit periculi, si à bonis probabiliter narrata, & à doctis non rejecta que ad piorum aedificationem faciunt, recipiantur, quam si eadem fastidiosa, & contentiosa perfricatioque animo repudiantur.

» medio que debe tomar la crítica en la calificación de
 » los milagros, de que hablé al principio, añade estas
 » palabras: « es menor el peligro en adaptar los mila-
 gros que cuentan las personas timoratas haber sucedido
 probablemente, á cuyo asenso no resisten los sábios, y
 que contribuyen á la edificación de los piadosos, que
 en repudiarlos con ánimo porfiado y fastidioso. Aquí
 advierto de paso, que á este Doctor da el Señor Bene-
 dicto XIV en sus Comentarios el título de Venerable.

Pero acaso me dirá alguno con ánimo de acrisolar mas y mas esta materia, contra la autoridad de Canisio alegada, y haciendo de fiscal contra nuestro designio, ¿ qué necesidad hay de atribuir á milagro esta conservación de la Imágen? No es solamente la utilidad la que ha de llevar nuestra atención en calificar un milagro, es tambien conveniente descubrir alguna necesidad para sostenerlo. Muchas cosas hay útiles en la Iglesia, que sin apelar al milagro se gozan sin que se eche ménos algun prodigio para disfrutarlas. ¿ Hay por ventura quien dude que encomendándose á la Virgen en una imágen que se tiene en casa puedan alcanzarse muchos favores, sin que se advierta ni sea necesaria alguna circunstancia prodigiosa? ¿ No puede esperarse el mismo efecto de María Santísima por medio de la Imágen de su Santuario, sin intervencion de algun milagro en su conservacion? Luego será cosa inútil pretender que esta permanencia sea por milagro.

Para satisfacer esta objecion y colocar en su debido y natural órden la respuesta, debo suponer tres cosas. La primera es, que hay notable diferencia entre el signo y el milagro, porque aquel, como dicen los Filósofos, á mas de aquella especie que envía á los sentidos, significa otra cosa, como sucede por exemplo en el

humo, que es signo natural del fuego; pero el milagro, aunque es signo, como consta en las Bulas de Canonización, en que como dice Matheucci, (1) no se hace diferencia, y se toman reciprocamente los milagros por signos, y los signos por milagros; pero añade el milagro al signo, que solo Dios por una voluntad libre puede producirlo. Todo milagro es signo, es verdad, porque todo milagro hace elevar el espíritu á conocer que Dios es la causa física que obra sobre la actividad de la naturaleza; pero ¿ quien ha de afirmar jamas que todo signo es milagro? Todos confesamos que cada Sacramento es un signo sensible de la gracia; pero nunca dirémos que todo signo es Sacramento: en segundo lugar supongo, aunque viene este á ser como un consuetario de la doctrina antecedente, que hay tambien diferencia entre un beneficio divino y un milagro; de modo que no se convierten mutuamente, porque aunque todo milagro es beneficio, pero no todo beneficio es milagro, lo qual no necesita de explicacion por su claridad. Ultimamente: supongo que hay tres modos de milagros, como advierte el Autor citado: (2) hay unos que exceden á las fuerzas de la naturaleza en quanto á la substancia del hecho, porque en sí mismos absolutamente son superiores á la posibilidad de los entes criados, y estos se llaman milagros del primer órden, como la virginidad de María en el nacimiento de Christo, la union de las dos naturalezas en una persona, el retroceso del Sol, la glorificación del cuerpo humano, y semejantes. Hay otros que exceden á las fuerzas de la naturaleza en quanto al sugeto en quien se hacen, porque aunque haya en él, absolutamente ha-

(1) Pract. Canon. tit. 3. c. 1. § 3. (2) Ibid. c. 2. n. 5.

blando, capacidad para aquella cosa; pero respectivamente y en las circunstancias presentes es incapaz en lo natural de aquel beneficio. A esta especie se reducen las curaciones ó sanidad repentina y perfecta de enfermedades gravísimas, como la parálisis y otras naturalmente incurables, ó de aquellas que aunque no sean prontamente remediadas sino con el tiempo, pero aun con esta circunstancia se consideraban incurables segun el orden natural de las causas: estos son milagros del segundo orden.

Hay finalmente otros milagros del tercer orden, que lo son en quanto al modo. Sea exemplo: en una fiebre se disipa la enfermedad, y al instante se restauran las fuerzas, volviendo el sugeto á su robustez ó sanidad antigua: esto ni lo puede hacer la naturaleza ni el arte, porque estos para obrar necesitan sucesion de tiempo. A esta especie de milagros se reducen comunmente las conversiones de agua en vino, pan en flores y semejantes. Tambien se agregan á este orden la cesacion de las tormentas y tranquilidad repentina del mar; las lluvias que vienen despues de la sequedad á la invocacion de algun Santo; el sonido de las campanas sin que haya quien las mueva; la libertad en grandes peligros de agua, fuego &c; y á este orden me parece, que se ha de agregar la aparicion de las imágenes; y en el caso que tratamos la conservacion de ellas, porque á lo ménos en el modo exceden las fuerzas de la naturaleza. Ya se supone que para una total certidumbre en estos milagros se requiere el juicio de la Sede Apostólica, y es necesaria, como dice Matheuci, (1) la asistencia del Espíritu Santo, con la qual ilustrado el

(1) Ubi supra tit. 3. c. 3. n. 26.

Sumo Pontífice, conoce y juzga que los milagros examinados por los Consultores son verdaderos, y despues de su declaracion á nadie es lícito dudar de ellos. En el Autor citado se hallará quanto pueda desearse para la calificacion humana de los que se tienen por milagros, pues allí se proponen las mas severas y juiciosas reglas de una exacta crítica, aunque como dice el mismo, (1) nunca los milagros se pueden probar *à priori* y directamente; la razon es, porque la probacion directa ó por su causa, se hace por principios naturales que caen baxo el sentido; pero es así que en los milagros no se da este principio, porque son sobre las fuerzas de toda la naturaleza criada: luego no puede probarse *à priori* ó por su causa, lo qual conviene con lo que diximos ántes con el Rmó. Feijoo; y así toda causa natural ó actividad fisica de la criatura, aunque sea del Demonio, se excluye de la razon de milagro.

Presupuestas las advertencias antecedentes, respondo ya al argumento principal, y digo lo primero: que no hay absoluta necesidad de que Dios conserve la imágen de nuestra Señora de los Angeles: sin que se conserve milagrosamente podemos ser beneficiados de la Santísima Reyna. Al principio del antiguo y nuevo Testamento (2) fueron mas necesarios los milagros, y con ser Dios el que es, quiso condescender con Moysés que pedía señales, y le obligó con ellas. Le hace echar la vara en el suelo, se muda en serpiente: le manda que la tome otra vez, y se reduce á vara: le ordena meter la mano en su pecho, al instante la saca llena de lepra: la mete de nuevo, y la saca sana: con estos prodigios queda Moysés convencido: ¿y qué portentos no se

(1) Ibi cit. (2) Fals. Filos. tom. 3. art. 5.

obraron para que el pueblo creyese á Moysés? ¿Con quantos milagros quedó confundida la soberbia de Faraon, los artificios de los Filósofos Magos y la incredulidad de aquellas dos Naciones?

En el principio del Evangelio la gracia de hacer milagros fué siempre siguiendo á la predicacion de los Apóstoles. Id por el universo mundo, les dice Christo, (1) y predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no, se condenará. Las señales que se seguirán á la fe de los creyentes son estas: echarán los Demonios en mi nombre, hablarán en nuevas lenguas, ahuyentarán las serpientes, y si bebieren algun veneno mortal no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos y los sanarán. Todos estos efectos se vieron en la predicacion de los Discípulos.

Esta necesidad no fué una obligacion á que Dios no podia ó no debía faltar: quiso Dios hacerlos porque no fué su voluntad obligarlos á que creyesen sobre su desnuda palabra. Los milagros se dieron al principio, y despues se continuaron para los que no creyeron. Pero establecido ya el Evangelio no son necesarios absolutamente estos socorros á nuestra flaqueza. No obstante, Dios ha obrado y obra cada dia milagros verdaderos, de que han dado testimonio los Santos Padres en todos los siglos, y que la Santa Iglesia ha declarado. Los designios del Señor en manifestar por ellos su poder, ¿para qué los hemos de investigar con riesgo de ser oprimidos de su gloria? Si estos milagros no son necesarios, lo cierto es que son convenientes pues Dios los ha querido obrar. ¿Qué necesi-

(1) Marc. c. 16. v. 15. &c.

dad hay de que cada año se liquide la sangre de San Genáro Mártir en Nápoles y la de San Pantaleon en Madrid, á presencia de un concurso inmenso, como refieren aun los mas criticos autores? Sin embargo, la dicha liquacion se verifica: fuera no olestísimo si quisiera hacer una induccion de otros innumerables milagros sucedidos en la Christiandad bien circunstanciados. Pregunta ¿hay necesidad de ellos entre los que están condecorados con el blason del bautismo y radicados en la fé? No por cierto: luego la necesidad no contribuye á la existencia de los milagros, basta la voluntad de Dios que quiere hacerlos por fines ocultos á nuestra débil penetracion: siendo esta la verdad ¿qué hay que oponer contra el supuesto milagro de la conservacion de nuestra Imágen el que no sea necesaria? Pero qué, ¿tampoco será conveniente para que Dios por este medio manifieste cada dia mas y mas la complacencia que tiene en que veneremos á Maria? ¿No querrá su Magestad alentar así nuestra tibieza para asegurarnos del patrocinio de la Señora? Esto ¿quien lo puede disputar sin graduarse en cierto modo de temerario? No quiere Dios que asintamos ciegamente á los milagros, quiere que los exáminemos para discernir los verdaderos de los falsos, y para esto ayuda con sus luces; pero tampoco le agrada que averiguemos el porqué de sus soberanas operaciones.

He hablado hasta aquí de la necesidad considerada respecto de Dios, y aun respecto de nosotros los Christianos. No son necesarios con una necesidad absoluta, y hablando con todo rigor escolástico; pero son convenientes ó son necesarios con una necesidad respectiva, atendidos sus frutos. Pero si hablamos de los milagros en sí mismos, supuesto que no hay causa

natural á que atribuirlos, son sin duda necesarios. Quiero decir: es necesario confesar que son milagros, porque no habiendo en toda la naturaleza eficacia para un milagro, es absolutamente necesario un socorro divino. No tenemos que retraernos de nuestro empeño con el temor de la poca necesidad que habia de la conservacion maravillosa de la Efigie sagrada, si por otra parte hay pruebas que nos van llevando por grados á juzgar rectamente que la conservacion en tantos años en pared de adove, y con una pintura tan viva y fresca, es de otro órden que el regular de las causas segundas.

En segundo lugar respondo, que aunque todas las imágenes de María y de los Santos sean signos, porque nos hacen elevar al conocimiento de su original, y por consiguiente sean capaces todas de excitar nuestra piedad y devocion; pero no son aquellos signos que los doctos y la misma Iglesia confunde con los milagros: en esta inteligencia podemos recibir del Cielo, invocando á los dueños de aquellos sagrados Simulacros, muchos favores, que no sean milagros: que sea en la imagen de María que tengo en la celda, ó sea en la que está en la Iglesia, puedo venerarla cordialmente, y puede Dios hacerme muchos beneficios. Pero ¿acaso este argumento puede en ninguna manera debilitar nuestra asercion? ¿Decimos acaso que precisamente por medio de la Imagen de los Angeles, y precisamente porque es su conservacion milagrosa, se han de conseguir los beneficios? ¿Ponemos por ventura alguna partícula exclusiva del favor divino por medio de otras imágenes? ¿Es lo mismo poner en qüestion, si hay utilidad á los Fieles de la conservacion de la santa Efigie, suponiéndola milagrosa, que decir solamente, sien-

do milagrosa esta conservacion, puede la Señora ser benéfica á los pueblos? En todo gobierno, sea monárquico, político, militar ó económico, entra la utilidad como uno de los caracteres que deben preverse para el feliz acierto; pero aunque la utilidad sea necesaria para una resolucion ó establecimiento prudente, no excluye que haya otras cosas muy útiles.

Ademas, que como llevo insinuado, y ahora explicaré mas, se diferencia la gracia del milagro. Este ultimo (1) solo Dios lo produce, sin que concorra físicamente la causa segunda; de suerte que el efecto milagroso se ha de atribuir física y adecuadamente á la virtud divina, que obra sobre la actividad de toda la naturaleza criada. Pero una gracia se hace concurrendo tambien la causa segunda, no solamente con el concurso general de Dios, sino tambien especial; es decir: que Dios no presta solamente aquel concurso que por una ordinaria providencia comunica á las causas segundas en la produccion de sus efectos naturales, como de sanidad, de lluvia, de serenidad &c. pero confiere un concurso que proviene de una benevolencia especial, sin salir de la línea natural, para cuya condescendencia se mueve de la intercesion de María Smá. ú otro Santo. Sea exemplo: un enfermo pide á Dios le conceda sanar de la fiebre que padece, y para esto invoca á María Santísima, cuya imagen tiene presente; entantanto se le aplican medicamentos, ó se excita una crisis en que combaten los humores malignos á la naturaleza, y venciendo ésta á la enfermedad se libra del mal, pero sin restatrar las fuerzas sino con el transcurso del tiempo, bien que acaso será el restablecimien-

(1) Math. ubi supra c. 1. § 3. n. 65.

to mas presto por la mediacion de nuestra Señora. Ved aquí no un milagro, pero sí una gracia ó especial beneficio.

Jamas negaré yo que esta especie de favores se puedan conseguir por medio de otras imágenes aunque no sean milagrosas; pero todos saben, todos experimentan, y todos confían lograr estos especiales beneficios por medio de las imágenes milagrosas. Quando se supone milagro en la aparicion ó conservacion de una imagen, como que se cree que allí están vinculados los beneficios celestiales, en efecto son mas continuos y mas seguros, porque se franquean allí las puertas de las divinas piedades, como sucede con la imagen del Pilar en Zaragoza y la de Guadalupe en el cerro de Tepeyacac.

Por esta causa no deben los Fieles dexar de reconocer los beneficios especiales que han recibido para agradecerlos, aunque no lleven ó merezcan el nombre de milagro. Por ningun título es reprehensible la práctica comun de hacer pintar estos prodigios y ofrecer otras presentallas á las santas imágenes, aunque nunca se han de denominar como milagros, sino como gracias ó favores especiales; lo mismo digo de las novenas que se practican, misas que se mandan decir, velas que se encienden, visitas diurnas que se prometen, donaciones que se hacen á los altares, y otras cosas semejantes: debemos siempre reconocer los beneficios, y si estos llevan la marca de muy especiales, han de ser mayores las demostraciones de la gratitud. Yo de mí confieso, que á la Santísima Reyna de los Angeles debo el singular favor de haber sido libre de los rigores de un furiosísimo tabardillo: estuve desahuciado de Médicos peritos de esta Ciudad, llegué á los últimos

ataques y al peligroso conflicto de la agonía, me pusieron un vestido de la Señora, y luego se comenzó á disipar la fiebre, de modo que no pasó mucho tiempo, y puede ser que ni una hora, sin reconocerse el buen efecto: hizo crisis la enfermedad, pero en tan bella y oportuna ocasion, que fué quando me aplicaron el vestido y no ántes. Me parecería ser un ingrato si no lo publicára viniéndoseme á las manos la coyuntura.

Pudiera aquí preguntarse por curiosidad si estos efectos pueden llamarse naturales, ó sobrenaturales. Matheuci dice, (1) que son naturales, porque no exceden del todo las fuerzas de la naturaleza criada, siendo así que esta concurre físicamente con Dios. Y en el caso de duda, se ha de tener por gracia y no por milagro, porque para este ha de haber toda aquella certidumbre moral que puede tenerse entre los hombres. Pudiera por último extenderme mas en la respuesta diciendo en tercer lugar, que el milagro de la conservacion de la santa Imagen de los Angeles es de la tercera especie, esto es, que consiste en el modo de permanecer la pintura por mas de docientos años fresca y lustrosa; pero reservo para el siguiente carácter este exámen.

Perfeccion.

LA perfeccion ó permanencia es el tercer carácter de la verdad de los milagros, porque las cosas maravillosas en que influyeron ó el demonio ó el artificio no duran por mucho tiempo: por razon de esta insubsistencia se tienen por patrañas las resurrecciones

(1) Ubi supra c. 1. § 9. n. 66.